

La Religión

(Viene de la primera plana.)

la igualdad y la fraternidad son vanas palabras.

Así, pues, ¿Por qué hemos de creer en los curas?... ¿deja de ser posible que nos engañan? Es muy posible. mejor dicho, es cierto, nos engañan. Hay cien religiones, por ejemplo; luego noventa y nueve deben ser por fuerza falsas. Buscad, si os es posible, cuál es la verdadera.

Pero dejemos a un lado los curas, y discutamos lo que enseña la religión.

La religión—todas las religiones—enseñan dos cosas:

Primeramente, la religión nos explica de qué modo se hizo el mundo, quien lo creó, el tiempo que se empleó, lo que antes había en su lugar (el caos), y cómo del caos surgió la luz, mucho antes de que dios crease el sol y la luna y muchas otras cosas.

Actualmente, la explicación de estas cosas pertenece a la ciencia y no ya a la religión. La ciencia nos dice que el mundo existe, no seis mil años hace, como pretende la Biblia, sino millones de años hace. La ciencia nos ha demostrado cómo la tierra gira en torno del sol y no éste en torno de la tierra, como creía Josué. La ciencia nos explica en qué consiste y de dónde deriva la vida, tanto la de las plantas, como la de los animales, y la del hombre; como asimismo en virtud de que el hombre y los demás animales pueden moverse, y las plantas sentir y crecer, sin que para explicárnoslo tengamos que recurrir a la suposición de un alma, que, según la Iglesia, sería diversa para el hombre y para los animales, y según enseñó en una época, solamente teníanla los blancos y no los negros esclavos, y cuya alma entra en el cuerpo del hombre siete días después de su nacimiento que en la mujer.

Todas esas tonterías las ha enseñado la Iglesia, y la ciencia se ríe de ellas. Esta última dice a la religión y a los sacerdotes: Todas esas cosas que solo yo puedo explicarlas, vosotros sois incompetentes para juzgarlas. Vuestro Dios es una palabra que no dice

nada y que no se explica, porque vosotros no sabéis cómo está hecho, ni quién lo hizo, ni si es una persona o una cosa, y cuando decís Dios, no sabéis vosotros mismos lo que decís.

La segunda parte de las doctrinas de la Iglesia, refiérense a las relaciones entre los hombres.

La Iglesia dice que los hombres deben ser buenos, humanos y caritativos; pero si tales no son, basta con que vayan a confesarse y obtengan la absolución o, simplemente, que se arrepientan en la hora de la muerte. Todo lo más que puede sucederles es que vayan al infierno después de muertos.

Nosotros no queremos que nadie vaya al infierno, y a fin de que los ricos no vayan queremos quitarles la tentación procedente de las riquezas que poseen e impedirles que puedan robar todos los días. Cuando la sociedad esté bien constituida y todos los hombres puedan trabajar y vivir bien y no existan patronos ni millonarios, entonces los hombres serán buenos e irán al paraíso si lo hubiere, cosa que dudamos muchísimo.

En fin de cuentas, la Iglesia hace como los políticos: muchas y muy buenas promesas para el porvenir, para cuando muertos: para el presente, absolutamente nada. La Iglesia finge deplorar las injusticias del mundo y los abusos que los ricos cometen en perjuicio de los pobres; pero inculca al propio tiempo a estos últimos la resignación, la sumisión, permanecer esclavos. La misma Iglesia es rica: el papa, los cardenales, los canónigos y muchísimos sacerdotes son ricos y viven llevando una vida que no se puede parangonar de ningún modo con la del obrero.

En muchos países el Estado subvenciona a la Iglesia. Los cardenales y otros prelados están nombrados con la aprobación del gobierno y éste escoge a aquellos que le placen.

Los curas pueden ser y muchos lo son, propietarios y capitalistas; algunos cobran pingües rentas, otros tienen casas y buena parte tienen en acciones de compañías y bancos.

Para ser cura se necesita una cierta instrucción y dinero.

Los hijos de los obreros no pueden ser nunca curas por esta carencia de dinero y cuando por casualidad llegan a serlo, permanecen toda su vida en lo más bajo de la escala sacerdotal.

Los hermanos, los padres de los curas, están en el seno de la burguesía. Otros se sirven de su ministerio para entrar en las familias, ganarse la confianza de las mujeres y a veces rapiñar una herencia.

No hay nada peor que ir a confiar los secretos de una familia, las cosas más íntimas, más delicadas, a un hombre como el cura. La confesión es una invención infernal.

¿Y para qué sirve ir a oír una misa, dicha siempre en la misma lengua, que nadie entiende y siempre la misma todos los domingos, todos los años y toda la vida? Es una costumbre tonta que embrutece, como embrutece el canturreo de los rezos, siempre los mismos, aprendidos de memoria y que se adaptan a todas las personas y a todos los casos.

Sobre todo, para los niños, la costumbre es muy nociva y de pésimos efectos sobre su inteligencia y su carácter.

¡Obreros! Libertaos de todas las supersticiones; pensad con vuestro propio cerebro; no reconocáis Dios ni amos y sólo entonces podréis ser libres e iguales.

ANTONIO J. TORRES.

IMPORTANTE

Para pedidos de libros, diríjase a I. C. Valades

Apartado 1056. Méx. D. F.

Como mueren los...

(Viene de la tercera plana)

tares, fechas, fiestas y plazas, también las tuvieron los becerros de oro, que en vida no realizaron más obras que las de engañar y explotar.

Los hombres, en vida, fueron sencillos, sinceros, callados, trabajadores, pundonorosos y honrados con aquella honradez que se distingue de la del burro en que no la reciben pragmática.

Los hombres no gustaron de pompas y vanidades; de boatos ni campanas; de salvas ni paradas, y al morir murieron silenciosamente, cual cumplía a quienes dejaban de ser satisfechos de haber sido.

Los dioses ni siquiera mueren y si alguno lo hace, todo es estruendo y aparatosidad. La fecha se esculpe, la tierra y el cielo se juntan estrepitosamente; el duelo es obligatorio; la tristeza es obligatoria; el órgano de las iglesias gime, los cantos fúnebres abruman y espantan.

Y al pensar en la vida y en la muerte de los dioses y de los semidioses, todos comediantes, pensamos en Mussolini, en D' Anunzio y en Lenin; y al pensar en la vida y en la muerte de los hombres, todos pobres y humildes, pensamos en Tolstoy, en Reclus y Kropotkin, muertos sencillamente, cuyos nombres no están escritos más que en sus libros, en el Índice del Sacro Colegio, en los registros de la policía y en los archivos de antecedentes penales.

Pero día vendrá en que los hombres resucitarán para siempre y en que los dioses y semidioses morirán, también para siempre, por haber sentido la dignidad de vivir sin ídolatras y sin perpetuar la idolatría.

FEDERICO URALES.